

[DE JOSÉ PATRIARCA.]

EN EL LIBRO SOBRE JOSÉ PATRIARCA ADVERTENCIA.

Ambrosio desde el inicio de esta obra confiesa que fue llevado por el orden de los libros sagrados (cap. 1, num. 1), para que, habiendo publicado los libros sobre Abraham, Isaac y Jacob, meditara también un poco sobre la historia de José. Por lo tanto, después de exponer en Abraham la devoción de una fe diligente (Ibid.), es decir, un espíritu sumamente obediente a los mandatos divinos; en Isaac la pureza de una mente sincera, es decir, una mente que, habiendo limpiado todas las manchas y suciedades del mundo, entra en una especie de íntima alianza espiritual con el Verbo eterno; finalmente, en Jacob la singular paciencia del alma y de los trabajos, por cuyo beneficio incluso en las más atroces desgracias se retiene la bienaventuranza; no contento con haber celebrado todas estas virtudes con su estilo, decidió proponer algo aún más expresivo y más determinado en José, cuya principal alabanza reside en la castidad. En nuestras Advertencias anteriores se ha expuesto cómo el Santo Prelado, al explicar las virtudes de esos primeros patriarcas, demostró su historia; ahora debemos investigar brevemente cómo logró lo mismo en la historia de José.

Al principio enseña que José se nos propone como un espejo de castidad (Ibid., num. 2), ya que esa virtud y un cierto brillo de gracia, compañero de la castidad, resplandecen perfectamente en sus costumbres y hechos. Sin embargo, en ningún lugar la pureza del santo joven brilló con mayor esplendor que cuando la esposa de Putifar, en cuya casa servía, intentó con múltiples seducciones y esfuerzos deshonestos socavarla; por lo tanto, San Ambrosio, con toda la fuerza de su elocuencia, alaba este singular ornamento del mismo patriarca, aunque solo en un capítulo (Cap. 5), abarcando esa difícil contienda y llenísima de peligro. Allí revela todos los tipos de seducciones y artes con las que las mujeres corruptas intentan corromper a sus amados y vencer su continencia. Amplifica la constancia y prudencia con las que San José frustró las peticiones de ella, ya sea resistiendo o huyendo. Inserta de vez en cuando advertencias muy útiles para la formación de las costumbres. Finalmente, al alabar a este castísimo vencedor, no duda en afirmar que, por la castidad, dice (Ibid. num. 26), sufría el martirio, ya que por causa de esa celestial virtud se dejaba llevar a prisión, sin preocuparse en absoluto por refutar las calumnias de su señora.

Sin embargo, además de esta alabanza, hay muchas otras cosas en la vida de José que merecen una consideración suprema. El bendito Doctor no quiso pasarlas por alto en silencio, sino que las trató de una manera que hasta ahora no había utilizado en adornar las gestas de los antiguos patriarcas. Comienza (Cap. 1. num. 3) con la envidia que estimuló a los hermanos contra José; y con esa ocasión, después de algunas observaciones sobre la igualdad del amor que los padres deben mostrar hacia sus hijos, demuestra que José fue un tipo y figura de Cristo el Señor en sus sueños (cap. 2). Luego, repasando con bastante precisión todo lo que se lee en el Génesis sobre el santo Patriarca, enseña que casi todas sus acciones convienen mística y figurativamente a Cristo, y por lo tanto, que este mismo debe ser considerado el verdadero José de la Escritura. Lo prueba tan exactamente que, al oponer muchas palabras de José del libro del Génesis y de Cristo del Evangelio, muestra que tienen una gran relación entre sí (Cap. 12 y 13). Finalmente, ya que en esta misma historia también los demás hijos de Jacob tienen sus partes, no los deja sin mencionar, sino que dice que en Benjamín se mostró la imagen de Pablo, a quien prosigue con grandes alabanzas; y en los otros hermanos se expresa la perfidia e inhumanidad de los judíos, contra quienes arremete, aunque también indica que ellos finalmente llegarán a la fe.

El piadoso Doctor esparce frecuentes exposiciones y preceptos que conducen a las costumbres del pueblo cristiano a lo largo de toda la obra, sin embargo, se esfuerza más intensamente en extraer el sentido místico. Por lo tanto, con una sola palabra, no sin razón, se podría afirmar que este libro no contiene más que una exposición mística de todo lo que se menciona en el Génesis sobre el santo José, desde la narración de sus sueños hasta el viaje emprendido para encontrarse con su padre que venía a Egipto.

No es en absoluto oscuro que esta obra, al igual que todas las anteriores, consta de sermones pronunciados en Milán sobre los libros de Abraham. Pero como hemos afirmado anteriormente que la fecha de las otras se conoce principalmente por el tiempo en que se pronunciaron estos sermones, ahora debemos esforzarnos por hacer esto claro y evidente. No creemos que haya un argumento más fuerte para este asunto que las palabras que se dicen por ocasión de uno de los dos eunucos del faraón, a quien José en la cárcel predijo el último suplicio de la cruz. En efecto, se describe allí otro eunuco (Cap. 6, num. 33), que hace dos años, hinchado por el favor del emperador, había infligido tal afrenta a la Iglesia que nuestro Santo se vio obligado a refutarla con palabras que ya no deseaba recordar. Este mismo eunuco, como otro Daech, movió al rey con engaño contra el sacerdote, es decir, el mismo Ambrosio (Ibid., num. 35); y como otro Amán, cruelmente acosando y hostigando al pueblo ortodoxo, no dejó piedra sin mover para arrebatarles sus iglesias y entregarlas a los arrianos, cuya impiedad seguía. Finalmente, su locura creció tanto que incluso amenazó con peligro de muerte a otros, es decir, al santo Obispo: pero sin darse cuenta de lo que el hombre santo le precedía, él mismo, que amenazaba a otros, pronto sería entregado al suplicio extremo (Ibid., num. 34). Y en verdad, no mucho después, cayó del favor del emperador; y aunque ese impío se refugió en el siervo de Cristo, cuya divinidad negaba, es decir, Ambrosio, a quien había perseguido tan insolentemente, pronto fue decapitado por la espada del verdugo.

De toda esta serie de discursos se puede conocer que esta historia fue cultivada y casi vestida por Ambrosio con todos sus detalles, de modo que parece que solo faltaba el nombre de aquel a quien se refería esa narración. Ciertamente, no podía ser desconocido para los oyentes; ni tampoco nos sería difícil descubrirlo, si se comparara este pasaje con lo que nuestro mismo Ambrosio escribió a su hermana Marcelina sobre la persecución que sufrió de Justina la emperatriz y otros arrianos. En efecto, al final de la carta habla así: Finalmente, incluso con una expresión especial, Calligonus, el jefe de la cámara, se atrevió a decirme: ¿Vivo yo, tú desprecias a Valentiniano? (Epist. 14, ad Marcel., cerca del final). Evidentemente, porque se negaba a obedecer sus impíos mandatos, y especialmente aquellos por los que se le ordenaba entregar una de las iglesias de los católicos a los arrianos para que celebraran allí sus reuniones. Te quitaré la cabeza, dijo arrogante ese eunuco; a lo que Ambrosio simplemente respondió con esas pocas palabras: Que Dios te permita cumplir lo que amenazas. Porque yo sufriré lo que los obispos: tú harás lo que los eunucos, etc. Es probable que estas sean las palabras de las que el Santo hombre ya indicaba que deseaba borrar de su memoria. Y si alguien desea conocer cómo ese mismo eunuco sufrió el castigo que amenazaba al santo Obispo, Agustín lo declara con estas palabras: Conocemos que Calligonus, el eunuco de Valentiniano el joven, fue castigado con la espada vengadora, convicto por la confesión de una prostituta (Lib. VI, cont. Julian. Pelag., cap. 14).

Para entender, por lo tanto, en qué tiempo fue escrito este libro, ¿qué más queda sino que examinemos el año en que Ambrosio envió esta carta a Marcelina? Creemos que no sería temerario asignar el año 385 a esas mismas letras, cuando, precisamente en las fiestas pascuales, estalló la primera persecución de Justina contra los católicos, que también recrudesció el año siguiente en los mismos días sagrados. Y así, debemos decir que estos sermones sobre el patriarca José fueron pronunciados en el año 387, cuando el mismo

Ambrosio, regresando de una embajada al tirano Máximo, Italia estuvo en paz hasta el mes de agosto, cuando el mismo tirano la invadió. Ciertamente, tanto los libros anteriores (Lib. de Isaac et An. cap. 4, num. 37, y en otros lugares), como este del que hablamos, indican bastante claramente que el bendito Doctor habló durante un tiempo de tranquilidad: incluso en algunos lugares (Lib. de Bono mort. cap. 12, num. 53, y en otros lugares) se insinúa que la Iglesia en ese tiempo se enriqueció con la adición de aquellos que se arrepentían de la herejía. Lo cual pudo haber ocurrido fácilmente después de que Ambrosio triunfara con tanto honor y no sin milagro sobre la persecución de los arrianos.

Si nuestra cronología es correcta, sin duda se podrá afirmar que entre otros oyentes de Ambrosio, así como entre los neófitos que él bautizó en este año 387, debe contarse también al gran Agustín. Además, dado que se lee que este aprobó de manera extraordinaria el método por el cual nuestro Santo, al explicar espiritualmente y mística la Escritura (Conf. August., lib. VI, cap. 4, num. 6), no adhería a la letra que mata, sino al espíritu que vivifica; no hay razón para dudar de que estos tratados sobre los Patriarcas le agradaron enormemente, especialmente los libros sobre Isaac y José, en los que se desarrolla y desentraña tan elegantemente el sentido místico y oculto.

No creemos que deba omitirse aquí que Ambrosio, al parecer, indica una y otra vez (Cap. 6, num. 30, y cap. 7, num. 38) que esta misma historia ya había sido explicada por él, tal vez el año anterior cuando, en los tiempos establecidos, se leía esa parte del Génesis. Esas primeras homilias sobre José se han perdido; y el Santo Prelado testifica en este comentario que, en el momento en que las pronunció, quiso guardar silencio sobre Calligonus. Esto fue un signo de notable modestia y caridad, por lo que apenas después de dos años transcurridos se le permitió mencionar tan singular evento, que sabía que sería provechoso para las mentes de su pueblo. Pero esa moderación también brilló en el hecho de que excusó a Valentiniano, bajo cuya autoridad imperial sus ministros se habían desbocado tan atrozmente contra él (Cap. 6, num. 35).

SAN AMBROSIO OBISPO DE MILÁN SOBRE JOSÉ PATRIARCA LIBRO UNO. (C)

483 CAPÍTULO PRIMERO.

Tratado sobre Abraham, Isaac y Jacob, por qué sigue la historia de San José. Aquí se propone como un espejo de castidad; donde también se trata brevemente sobre el amor de los padres y la envidia de los hermanos contra él, así como sobre su olvido de las injurias.

1. La vida de los santos es una norma de vida para los demás. Por eso recibimos más plenamente la serie ordenada de las Escrituras; para que, al conocer a Abraham, Isaac, Jacob y otros justos leyendo, sigamos como un camino de inocencia abierto por la virtud de ellos con pasos resplandecientes. De los cuales, habiendo tenido yo frecuentes tratados, hoy se presenta la historia de San José. En quien, aunque hubo muchos géneros de virtudes, especialmente resplandeció el insigne de la castidad. Es justo, por lo tanto, que habiendo aprendido en Abraham la devoción de una fe diligente, en Isaac la pureza de una mente sincera, en Jacob la singular paciencia del alma y de los trabajos; de esa generalidad de virtudes dirijan su mente a las especies mismas de las disciplinas. Porque aunque aquellas son más difusas, estas son más expresas, y que penetran más fácilmente en la mente, cuanto más circunscritas y determinadas están.

2. Sea, pues, propuesto para nosotros San José como un espejo de castidad. Porque en sus costumbres, en sus actos, brilla la pureza, y un cierto brillo de gracia, compañero de la

castidad, resplandece. Por eso también era amado por sus padres más que los otros hijos. Pero eso fue motivo de envidia, lo cual no debía pasarse por alto en silencio.

484 3. De aquí, pues, surgió el argumento de toda la historia; al mismo tiempo para que conozcamos que un hombre perfecto no se mueve por la injuria del dolor de la venganza, ni devuelve el mal por el mal. Por eso también David dice: Si he devuelto mal a quienes me lo hicieron (Sal. VII, 5). ¿Qué habría, entonces, por lo que José mereciera ser preferido a los demás, si hubiera herido a quienes lo hirieron, o amado a quienes lo amaron? Esto es lo que hacen la mayoría. Pero eso es admirable, si amas a tu enemigo, lo que el Salvador enseña (Mat. V, 44). Con razón, pues, es admirable quien hizo esto antes del Evangelio; que, siendo herido, perdonó, siendo atacado, perdonó, siendo vendido, no devolvió la injuria, sino que pagó con gracia la afrenta; lo que después del Evangelio todos hemos aprendido, y no podemos guardar.

4. Aprendamos, pues, también la envidia de los santos; para que imitemos la paciencia: y conozcamos que ellos no eran de una naturaleza superior, sino de observancia; ni desconocían los vicios, sino que los corregían. Porque si la envidia también quemó a los santos, ¿cuánto más debe evitarse que inflame a los pecadores?

CAPÍTULO II.

El afecto de los padres y la gracia de los hijos deben ser iguales. Sin embargo, se excusa al B. Jacob, como quien prefirió a José adornado con más virtudes a los demás; incluso ya dotado de la gracia de la profecía, como lo declaran sus sueños aquí relatados.

5. Se nos instruye, pues, sobre cuál debe ser el afecto de los padres y la gracia de los hijos. Amar a los hijos es dulce; y amarlos más intensamente es muy dulce: pero frecuentemente el mismo amor paterno, si no mantiene la moderación, perjudica a los hijos; si o bien la excesiva indulgencia debilita al amado, o la preferencia de uno aparta a los demás del afecto de la hermandad. Se adquiere más para el hijo, a quien se adquiere el amor de los hermanos. Esta es la más noble munificencia de los padres, esta es la herencia más rica de los hijos. Que una gracia igual una a los hijos, a quienes una naturaleza igual unió. La piedad no conoce ganancia de dinero, en la que hay pérdida de piedad. ¿Qué te sorprende si por un campo o una casa surgen disputas entre hermanos, cuando por una túnica entre los hijos santos de Jacob estalló la envidia?

6. ¿Qué, entonces? ¿Debe ser reprendido Jacob porque prefería a uno sobre los demás? Pero no podemos quitarles a los padres la libertad; para que no amen más a quienes creen que más lo merecen: ni debemos cortar a los hijos el deseo de agradar más. Por lo tanto, también Jacob amaba más a aquel en quien preveía mayores insignias de virtudes; de modo que no parece que el padre prefiriera tanto a un hijo, como el profeta un misterio: y con razón le hizo una túnica de diversos colores, para significar que él, vestido con el manto de diversas virtudes, sería preferido a sus hermanos.

7. En efecto, en el niño ya resplandecía la gracia divina. Pues soñó que, como le parecía en el sueño, había atado gavillas con sus hermanos, y su gavilla se levantó y permaneció erguida: y las gavillas de sus hermanos se volvieron y adoraron su gavilla (Gen. XXXVII, 7). En lo cual, sin duda, se reveló la futura resurrección del Señor Jesús, a quien, cuando lo vieron en Jerusalén, lo adoraron los once discípulos, y todos los santos, cuando resuciten, lo adorarán, presentando los frutos de sus buenas obras, como está escrito: Vendrán con júbilo, llevando sus gavillas (Sal. CXXV, 6). Por lo tanto, los hermanos, aunque por envidia restaran crédito

al sueño, sin embargo, expresando su interpretación con sus propias palabras, le respondieron: ¿Acaso reinarás sobre nosotros, o dominarás sobre nosotros? (Gen. XXXVII, 8). Porque la visión significaba que vendría un rey, a quien toda carne del género humano adoraría con la rodilla doblada.

8. Vio, además, otro sueño, y lo contó a su padre y a sus hermanos, que el sol, la luna y once estrellas lo adoraban. Por lo cual su padre lo reprendió, diciendo: ¿Qué será este sueño que has soñado? ¿Acaso vendremos yo, tu madre y tus hermanos a adorarte sobre la tierra? (Ibid., 10). ¿Quién es aquel a quien los padres y hermanos adoraron sobre la tierra, sino Cristo Jesús, cuando José y su madre con los discípulos lo adoraban, confesando al verdadero Dios en ese cuerpo, del cual solo se dijo: Alábenlo, sol y luna; alábenlo, todas las estrellas y la luz (Sal. CXLVIII, 3)? Pero, ¿qué significa la reprensión del padre, sino la dureza del pueblo de Israel, de quienes Cristo es según la carne, a quien hoy no creen que sea Dios, ni quieren adorarlo como Señor, porque lo reconocen nacido de ellos? Por lo tanto, escuchan sus respuestas, pero no las entienden: ellos mismos leen que el sol y la luna lo alaban, y no quieren creer que se dice de Cristo Jesús. Así que Jacob se engaña con un tipo ajeno: pero no se engaña con su amor. La piedad paterna en él no yerra: pero se expresa el afecto de un pueblo que errará.

486 CAPÍTULO III.

Que lo dicho antes de que Jacob reprendiera a José, no lo hizo por incredulidad: cuando, siendo consciente de la futura Encarnación, lo envió a sus hermanos. José, después de errar en el campo, llegó a Dotán. Sus hermanos, viéndolo de lejos, piensan en matarlo: pero, cambiando de plan, lo venden a los ismaelitas. Y esto, así como la mancha de la túnica y la sequedad del pozo, se adaptan al misterio de la pasión.

9. No por tanto sueño el Patriarca no creyó, quien profetizaba ambos a la vez con un doble oráculo; para representar tanto la persona del justo como del pueblo, que el Hijo de Dios vendría a la tierra, quien sería amado por los justos y negado por los pérfidos. Veía, pues, los misterios de la futura Encarnación, quien enviaba al hijo a los hermanos (Gén. XXXVII, 14); para ver si las ovejas están bien. ¿Qué ovejas buscaba Dios ya entonces en el cielo del Patriarca, sino aquellas de las que el mismo Señor Jesús dijo en el Evangelio: No he venido sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mat. XV, 24)? Y envió, dice, a Siquem (Gén. XXXVII, 13), que se interpreta como hombro o espalda, es decir, a aquellos que no se convertirían al Señor, sino que huyendo se apartarían de su rostro; lo cual es propio del pecador. Caín salió de la presencia de Dios. Y el Profeta dice: Les pondrás la espalda (Sal. XX, 13). Pero el justo no se aparta del Señor, sino que acude diciendo: Mis ojos están siempre hacia el Señor (Sal. XXIV, 15). Y a Isaías, cuando el Señor dice: ¿A quién enviaré? (Isa. VI, 8), se ofreció espontáneamente diciendo: Aquí estoy yo. Y Simeón esperó para ver al Cristo del Señor, y después de haberlo visto, como había visto al redentor de los pecados y del mundo entero, casi liberado del pecado, pidió ser liberado del uso de esta carne, diciendo: Ahora, Señor, despide a tu siervo en paz; porque mis ojos han visto tu salvación (Luc. II, 30 y 31). Y Zaqueo encontró aquí primero la prerrogativa de su recomendación, que subió a un árbol para ver a Cristo. Por tanto, José fue enviado por el padre a los hermanos, más bien por aquel Padre, que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros: por aquel Padre, de quien está escrito: Dios enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado (Rom. VIII, 3).

10. Y José erraba, porque no podía encontrar a sus hermanos (Gén. XXXVII, 15). No erraba sin razón, quien buscaba a los errantes; pues el Señor reconoce a los que son suyos. De

hecho, también Jesús, fatigado del camino, se sentaba sobre el pozo. Se fatigaba, porque no encontraba al pueblo de Dios que buscaba; pues había salido de la presencia del Señor. Porque quien sigue la culpa, sale de Cristo. El pecador sale, el justo entra. De hecho, Adán, pecador, se escondió; pero el justo dice: Que mi oración entre en tu presencia (Sal. LXXXVII, 3).

11. Sin embargo, José encontró a sus hermanos en Dotán, que significa defección. ¿Dónde está sino en la defección quien abandona a Dios? Y no es de extrañar que desfallecieran, quienes no escuchaban al que decía: Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar (Mat. XI, 28). José, pues, vino a Dotán: Y lo vieron de lejos venir, antes de que se acercara a ellos, y conspiraron para matarlo (Gén. XXXVII, 18). Con razón estaban lejos, quienes estaban en defección, y por eso conspiraban, porque Cristo no se había acercado a ellos. Pues si el tipo de Cristo se hubiera acercado a ellos, ciertamente habrían amado al hermano; pero no podían estar cerca, quienes pensaban en el parricidio. He aquí, dicen, el soñador viene: ahora pues venid, matémoslo (Ibid., 19). ¿No decían estas palabras, quienes pensaban en el sacrilegio parricida? Como dice Salomón de ellos: Eliminemos al justo, porque es inútil para nosotros (Sab. II, 12).

12. Y añadieron en el Génesis: Y veremos qué provecho tienen sus sueños (Gén. XXXVII, 20). Esto está escrito de José, se cumplió en Cristo, cuando los judíos en su pasión dijeron: Si es el rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Confió en Dios, líbrelo ahora, si lo quiere (Mat. XXVII, 42). ¿Acaso también sus hermanos eran tan impíos, que mataran al hermano? ¿Y de dónde los méritos de tantos patriarcas para que la Ley designara a las Tribus con los nombres de toda su gente? ¿Cómo concuerdan los nombres de piedad y las insignias del crimen? Así también estos, en el tipo del pueblo, no sufrían por el vicio de su ánimo. De ahí toda la envidia, de ahí la meditación del parricidio: envidia por la figura, piedad por el afecto.

13. De hecho, Rubén y Judá, observando los piadosos derechos de la hermandad, deseaban liberarlo de las manos de los demás, y con razón Judá es preferido con la bendición paterna, cuando se le dice: Te adorarán los hijos de tu padre. Cachorro de león es Judá, y él será la expectativa de las naciones (Gén. XLIX, 8 y 9). Lo cual ciertamente solo conviene a Cristo, a quien estaba reservado que fuera adorado por los hermanos, y esperado por las naciones, lavara en vino su manto con la pasión de su propio cuerpo, porque su carne no fue manchada por ninguna mancha de pecado. Aser tampoco creía que esto le convenía a él. Aser, su pan es pingüe, y él, Aser, con los príncipes. ¿Qué decir de José, a quien se le dijo: Mi hijo será engrandecido, mi hijo José, mi hijo será engrandecido: mi hijo celoso, mi hijo más joven, vuelve a mí (Ibid., 22)? Contra quien conspirando, maldecían, en quien la bendición prevaleció sobre las bendiciones de los montes eternos, y los deseos de las colinas eternas. ¿A quién entendían que se refería, sino a aquel que, superando los méritos de todos, tenía el ápice de poder inmenso sobre todos los deseos de los santos, a quien nadie podía igualar con su voto? Por tanto, en los patriarcas, la envidia se compensa con la gracia, quienes son excusados de culpa, y consagrados con el don de la revelación. Pues no es tan culpable decir lo que es del pueblo, como bienaventurado ver lo que es de Cristo. Asumieron la persona del pueblo pecador, para recibir la gracia del Señor redentor. Ciertamente la gracia abolió la culpa, la culpa no disminuyó la gracia.

14. Y para que reconozcamos que todo esto es un misterio del pueblo y del Señor Jesús: Venid, dice, vendamos a José a los ismaelitas (Gén. XXXVII, 27). ¿Qué tiene el nombre de José en interpretación, sino que significa la gracia divina y la expresión del Dios supremo? ¿Quién, pues, es vendido, sino aquel que, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a

Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo (Filip. II, 6 y 7)? Pues no lo habríamos comprado, si no lo hubieran vendido. A quien los suyos vendieron mal, los extraños compraron peor. Vendieron a los mercaderes el buen olor, lo compraron de los traidores. Judas lo vendió, los ismaelitas lo compraron, quienes se significan en la interpretación latina, odiando a su Dios. Por eso en un lugar lo encontramos comprado por veinte, en otro por veinticinco monedas de oro, en otro por treinta; porque Cristo no vale para todos con una sola estimación de precio. Para unos menos, para otros más. La fe del comprador es el incremento de la mercancía: para el más religioso, Dios es más precioso, para el pecador, el redentor es más precioso. Vale más para aquel que tiene más gracia: pero también para quien se le ha perdonado mucho, vale más; porque a quien se le perdona más, ama más, como el mismo Señor pronunció en el Evangelio sobre aquella mujer que derramó unguento sobre sus pies, y los lavó con lágrimas, y los secó con sus cabellos, y los besó, de quien dijo a Simón: Por lo cual te digo: Se le han perdonado muchos pecados, porque amó mucho. Pero a quien se le perdona menos, ama menos (Luc. VII, 47). A veces las diversidades de precio no solo tienen expresión de cantidad, sino también de número; como tienes del unguento que el Señor recordó que fue derramado para su sepultura, como está escrito diciendo Judas: Esto pudo haberse vendido por trescientos denarios (Marc. XIV, 5). En cuyo número no parece expresarse la cantidad, sino el significado de la cruz. Así también aquí la diversidad de veinte o treinta monedas de oro o de plata, tiene indicio de perfección duplicada o triplicada. Pues veinticinco monedas de oro, que es el número del jubileo, significan la porción más preciosa. Aquí también, para que adviertas la figura de la pasión del Señor, dice el patriarca Judá: Entreguemos a José a los ismaelitas: pero que nuestras manos no se pongan sobre él (Gén. XXXVII, 27). Y bien dijo antes: Pero no pongáis las manos sobre él (Ibid., 22). Lo que los judíos dijeron en la pasión del Señor: No nos es lícito matar a nadie (Juan XVIII, 32); para que se cumpliera la palabra de Jesús, significando con qué muerte iba a morir.

15. Ya entonces se prefiguraba el signo de la futura cruz; y al mismo tiempo que fue despojado de su túnica (Gén. XXXVII, 23), es decir, de la carne que asumió fue despojado, adornada con la diversidad de virtudes. Por tanto, su túnica, es decir, su carne, no su divinidad, fue ensangrentada: y el vestido de carne no pudo quitarle la inmortalidad de la vida. Esta túnica las bestias judías la ensangrentaron, aquellas de las que dice: He aquí, yo os envío como corderos en medio de lobos (Luc. X, 3).

16. Pero que el pozo estaba seco (Gén. XXXVII, 24), ¿qué de extraño si el pozo de los judíos no tiene agua, quienes abandonaron la fuente de agua viva, e hicieron para sí cisternas rotas? Y para que sepas que esto es un verdadero misterio, el mismo Señor dice de sí: Me pusieron en el pozo inferior, en tinieblas, y en sombra de muerte (Sal. LXXXVII, 7).

17. Por tanto, compran a Cristo quienes traen buenos olores, incienso con el que perfuman los altares de la mente piadosa. Por eso también David dice en griego: Κατευθυνθήτω ἡ προσευχή μου ὡς θυμίαμα ἐνώπιόν σου (Sal. CXL, 2). También la resina con la que se unen los mármoles rotos, es la resina espiritual que solidifica las fracturas de tu alma, y conecta lo dividido, ata lo suelto. Pues esta resina espiritual fortalece, y compone ciertos miembros del alma quebrantados, para que se unan sin ofensa. De hecho, Jeremías busca esta resina, para curar a Babilonia, si es posible, diciendo: Tomad resina para su corrupción, si de alguna manera se sanará. Curamos a Babilonia, y no se sanó (Jer. LI, 8 y 9). No se sanó la Sinagoga, porque esta resina migró a la Iglesia. Por eso venían los mercaderes de Galaad, es decir, de la posesión o residencia del testimonio, transfiriendo sus mercancías a la Iglesia, para que esta resina curara los pecados de las naciones. De los cuales se dice: Fortaleced las manos caídas, y las rodillas debilitadas (Isa. XXXV, 3). La fe sincera es resina. Esta aplicaba Pedro, cuando

decía al cojo: En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda (Hech. III, 6); y con razón se levantó y anduvo. Esta tenía cuando decía al paralítico: Eneas, el Señor Jesucristo te sana: levántate y haz tu cama. Y se levantó e hizo su cama (Hech. IX, 34). Esta tenía cuando decía a la muerta: Levántate en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Y la difunta se levantó (Ibid., 4). Con el temperamento de esta resina se ensamblan aquellas piedras de las que el Señor es capaz de resucitar hijos a Abraham. Con el medicamento de esta resina el cojo se endereza, el paralítico se reforma, la muerta resucita.

18. También aquello de que rociaron su túnica con sangre de cabritos (Gén. XXXVII, 32), parece significar que, atacándolo con falsos testimonios, lo llevaron a la envidia del pecado, a aquel que perdona los pecados de todos. Para nosotros es cordero, para ellos cabrito. Para nosotros el cordero de Dios fue sacrificado, quien quitó el pecado del mundo: para ellos cabrito, quien acumuló sus errores, amontonó sus delitos. Por eso dice: Llenad la medida de vuestros padres (Mat. XXIII, 32). Y con razón Jacob, lamentando las pérdidas de su posteridad, lloraba como padre al hijo perdido, como profeta lamentaba la ruina de los judíos. De hecho, también rasgó sus vestiduras: lo cual leemos que se hizo en la pasión del Señor (Mat. XXVI, 65) por el sumo sacerdote, en quien no había una persona privada, sino el oficio público. Y el velo del templo se rasgó (Mat. XXVII, 51); para que los misterios profanados, el pueblo despojado de vestiduras saludables, el reino dividido se manifestara con tales signos para ser destruido; porque todo reino dividido fácilmente será destruido. Y verdaderamente dividido, cuando lo que era de Cristo, comenzó a ser también del diablo. Pues no podían permanecer indivisos, quienes separaban al Hijo del Padre.

CAPÍTULO IV.

José es llevado a Egipto, y comprado por el jefe de los cocineros, en quien está la figura de Cristo que nos libera con su servidumbre. En el mismo se muestra que en la misma cautividad se puede retener la libertad: y también en la libertad se puede encontrar cautividad. De hecho, José se propone como ejemplo para todos.

19. Fue vendido, pues, José, llevado a Egipto, comprado por el jefe de los cocineros. No es una persona ociosa la que cocina los alimentos crudos, para que los ánimos se deleiten con la suavidad de la fe. Pues ningún alimento es más dulce que el conocimiento y la doctrina. Antes en Egipto había una cruda perfidia, que ningún ardor de conocimiento divino, y ningún deseo de verdadera ciencia había ablandado, no habían cocido las palabras encendidas del Señor. Pero José fue vendido en Egipto, porque Cristo había de venir a aquellos a quienes se les dijo: Por vuestros pecados habéis sido vendidos (Isa. L, 1). Y por eso con su sangre redimió a aquellos que sus propios pecados habían vendido. Pero Cristo fue vendido por la asunción de la condición, no por culpa, no está sujeto al precio del pecado; porque él no cometió pecado. Por tanto, pagó nuestra deuda con su precio, no contrajo sus propios débitos, quitó el documento de deuda, removió al usurero, liberó al deudor: uno pagó lo que todos debían. No nos era lícito salir del servicio. Él asumió esto por nosotros, para rechazar la servidumbre del mundo, restaurar la libertad del paraíso, otorgar la nueva gracia del honor de su compañía. Esto sobre el misterio.

20. Pero en cuanto al lugar moral, porque el Señor nuestro Dios quiere que todos se salven, dio por medio de José también a aquellos que están en servidumbre un consuelo: atribuyó un magisterio; para que aprendieran que incluso en la última condición pueden ser superiores en costumbres, y que ningún estado está exento de virtud, si el ánimo se conoce a sí mismo; que la carne está sujeta a la servidumbre, no la mente; y que muchos siervos son más libres que sus amos, si en la servidumbre consideran que deben abstenerse de las obras serviles. Todo

pecado es servil, la inocencia es libre. Por eso también el Señor dice: Todo el que hace pecado, es siervo del pecado (Rom. VI, 16). Pues ¿cómo no es siervo todo avaro, quien por un pequeño lucro de dinero se subasta a sí mismo? Teme todo, no sea que pierda lo acumulado, quien no acumuló para usar, sino para guardar con mayor peligro lo que buscó con mayor afán. ¿Cómo no es mendigo, quien tiene por pequeñas las cosas que posee? Pues aunque me parezca rico, para sí mismo es pobre: ni se consuela con los testimonios de sus votos, quien no sabe creer lo que desea. Pero ¿cómo no es también siervo, quien está sujeto a la lujuria? Primero arde en sus propios incendios, y se consume con las llamas de su propio pecho. A quienes correctamente dice el profeta: Caminad en la luz de vuestro fuego, y en la llama que habéis encendido (Isa. L, 11). Sufre todos los miedos, acecha el sueño de todos: para poseer el deseo de uno, se hace siervo de todos. Por tanto, sirve esta miserable servidumbre, quien se hace a sí mismo amos, quien quiere tener a quienes temer. Pues nada es tan propio de la servidumbre, como temer siempre. Aquel, sin embargo, en cualquier condición de servidumbre siempre es libre, quien no es capturado por el amor del mundo, no está atado por las cadenas de la avaricia, no está ligado por el miedo al crimen, quien seguro contempla las cosas presentes, a quien no aterrorizan las futuras. ¿No te parece que este en servidumbre domina: pero aquel en libertad sirve? José servía, Faraón reinaba: más bienaventurada es la servidumbre de este, que el reino de aquel. De hecho, todo Egipto habría colapsado de hambre, si no hubiera sometido su reino al consejo del siervo.

21. Tienen, pues, de qué gloriarse los siervos de origen, también sirvió José. Tienen de qué consolarse quienes de la libertad han venido a la servidumbre por alguna necesidad. Tienen qué imitar, para que aprendan que pueden cambiar su condición, no sus costumbres: que hay libertad incluso en los nacidos en casa, y constancia en la servidumbre. También tienen los amos qué esperar de los buenos siervos. Abraham encontró esposa para su hijo por medio de un siervo nacido en casa. El Señor bendijo la casa del egipcio por causa de José, y la bendición del Señor fue sobre todo su patrimonio, en la casa y en los campos. Y convirtió, dice, todo lo que tenía en manos de José (Gén. XXXIX, 4). Advertimos que lo que los amos no podían gobernar, lo gobernaron los siervos.

CAPÍTULO V.

La recomendación de José por su belleza, pero más por su castidad. Es amado sin culpa suya por la señora, y acusado de estupro, la rechaza, y despojándose de sus vestiduras huye más adornado: ella, al retenerlas y acusar al inocente, desnuda su propia ignominia. Sin embargo, José es enviado a la cárcel: pero allí no es desamparado por la ayuda divina.

22. Pero ¿qué puedo añadir sobre la disposición de este siervo en la casa privada, quien gobernó el imperio? Sin embargo, es más lo que él mismo gobernó antes de sí; y siendo hermoso de aspecto, y muy bello de rostro, no derivó la belleza de su rostro a la injuria ajena, sino que la guardó para su propia gracia: considerándose más hermoso si no por la pérdida de la castidad, sino por el cultivo del pudor se probaba más bello. Ese es el verdadero decoro, que no cautive los ojos ajenos, ni hiera las mentes frágiles, sino que adquiera el juicio de todos, no siendo fraude para nadie, sino alabanza para sí. Ya si alguna lo miró con ojos lascivos, es solo culpa de aquella que miró mal, no de este que no quería ser visto mal; ni en lo que fue visto hay culpa. No estaba en el poder del siervo no ser visto: el marido debía cuidar los ojos de su esposa. Si él no temía nada de su esposa, consideraba que era testimonio de castidad, no indulgencia de negligencia. Sin embargo, aprendan los hombres a cuidar también los ojos de las mujeres. Pues son amados incluso quienes no quieren ser amados. De hecho, José fue amado, quien despreciaba a la amante. Y bien lo excusó la Escritura diciendo: Puso los ojos la esposa de su señor en José (Gén. XXXIX, 7), es decir, él no se mostró, ni

capturó a la incauta: sino que ella lanzó sus redes, y fue capturada en su propia trampa. Esparció sus lazos, y quedó atrapada en sus propias cadenas.

23. Y él le dijo: Duerme conmigo (Ibid.). Las primeras armas de la adúltera son los ojos, las segundas las palabras. Pero quien no es capturado por los ojos, puede resistir las palabras. Hay defensa donde aún el afecto es libre. Por eso está escrito que él no quiso (Ibid., 8). Primero, pues, venció en el encuentro mental, repeliendo al que arremetía como con un escudo del alma: luego lanzó la palabra como una lanza, para que ella se retractara. Y dijo a la esposa de su señor (Ibid.). Correctamente se le llama esposa del señor, no señora, quien no pudo extorsionar lo que quiso imponer. Pues, ¿cómo señora, quien no tenía el efecto de dominar, quien no mantenía la disciplina de una señora, quien proporcionaba incentivos de lujuria a los siervos? Aquel señor que no aceptó las llamas de la amante, que no sintió las cadenas del seductor, a quien ningún temor de muerte aterrorizó, quien prefirió morir libre de crimen, que elegir la compañía de un poder criminal. Aquel libre, quien consideró vergonzoso no devolver el favor. Finalmente, no se excusa como temeroso, ni se cuida como quien teme el peligro: sino que, como deudor del beneficio de su señor y de su propia inocencia, huye del crimen del ingrato, y como justo, aborrece la mancha del pecado y el contagio de la culpa. La adúltera lanzaba el tercer dardo con la insistencia de sus interpelaciones: pero José no la escuchaba. Tienes después de las primeras palabras lo que debes evitar. No solo es resbaladiza, sino también descarada, importuna, insolente es la lujuria, y la adúltera no tiene de qué temer. Quien no dolió por la pérdida del pudor al principio, acecha para capturar.

24. Finalmente, con la gracia de su oficio y el encargo recibido, habiendo apartado a los testigos y a los domésticos (Ibid., 11), lo tomó diciendo: Duerme conmigo. José es excusado por el testimonio de la Escritura, porque no podía abandonar el servicio encomendado por el Señor. No es suficiente que, seguro de sí mismo, entrara en el interior de la casa, como quien no podía ser capturado: el justo debía prever no dar ocasión a la furiosa, y que ella pereciera por su pecado: pero quien veía a la esposa de su señor como adversaria, debía también evitar la ofensa de un servicio descuidado por el señor: al mismo tiempo aún pensaba que la audacia era de palabra, no de comprensión.

25. Se excusa que entró: se alaba que escapó, y no valoró más las vestiduras del cuerpo que la castidad del alma. Dejó como no suyo lo que la adúltera sostenía con sus manos: y juzgó ajeno lo que podía ser comprendido por el tacto de la impúdica. Gran hombre, quien vendido no conoció el ingenio servil, amado no amó, rogado no accedió, capturado huyó. Quien, cuando fue abordado por la esposa del señor, pudo ser retenido por la vestidura, pero no capturado en el alma: y ni siquiera soportó por mucho tiempo las palabras, juzgó que era contagio si permanecía más tiempo; para que no pasaran por las manos de la adúltera los incentivos de la lujuria. Así que se despojó de la vestidura, sacudió el crimen, y dejando las prendas que lo retenían, huyó despojado, pero no desnudo, quien estaba más cubierto con el manto del pudor. No está desnudo, sino aquel a quien la culpa ha desnudado. Finalmente, tenemos en los superiores que Adán, después de haber abandonado los mandatos de Dios por transgresión, y haber contraído el aire pesado del pecado, estaba desnudo. Por eso él mismo dijo: Oí tu voz en el Paraíso, y tuve miedo, porque estoy desnudo, y me escondí (Gen. III, 10). Entendió que estaba desnudo, quien había perdido las insignias de la protección divina. Y por eso se escondía, porque no tenía la vestidura de la fe, que ciertamente había dejado al transgredir. Ves una gran cosa. Aquel estaba desnudo quien no perdió la túnica: este no estaba desnudo, quien se despojó de las vestiduras que dejó en manos de la adúltera. La misma Escritura afirma que aquel estaba desnudo, niega que este lo esté. Y por eso este se

despojó más bien que se desnudó, quien guardaba las vestiduras incorruptas de las virtudes, despojándose del hombre viejo con sus actos; para vestirse del nuevo, que se renueva en el conocimiento según la imagen del creador. Aquel, sin embargo, permaneció desnudo, quien no pudo vestirse de nuevo, despojado de la singular vestidura de la virtud. Por eso recibió una túnica de piel; porque el pecador no podía tener la espiritual. Así que José dejó las vestiduras, y desnudó la desvergüenza de la adúltera, quien después no pudo esconderse.

26. Finalmente, salió afuera, y ella misma divulgó los intentos de su adulterio, alzando su voz; porque, dejando las vestiduras, el hebreo había huido. Así que ella misma revelaba lo que debía ocultar; para herir al inocente con un crimen fabricado. El justo, sin embargo, no sabe acusar; y por eso la impúdica lo hacía impunemente. A ella, pues, diría verdaderamente despojada, incluso guardando vestiduras ajenas, quien había perdido todos los velos de la castidad: a él, suficientemente adornado, suficientemente defendido, cuya voz no se escuchaba, y la inocencia hablaba. Así Susana después, mientras callaba en el juicio, habló mejor por el oráculo; y por eso mereció la defensa del profeta, quien no buscó la ayuda de su propia voz. A él, pues, diría más bienaventurado, cuando era enviado a la cárcel; porque sufría el martirio por la castidad. Buen don es la castidad; pero de menor mérito cuando no tiene peligro: donde se defiende incluso con peligro de la salvación, allí se corona más plenamente.

27. En causa no escuchada, en fe de la verdad no explorada, como reo de crimen, José es enviado a la cárcel: pero el Señor no lo abandonaba ni en la cárcel. No se turben los inocentes, cuando son atacados con falsos crímenes; cuando la justicia oprimida es empujada a la cárcel. Dios visita también a los suyos en la cárcel; y por eso hay más ayuda donde hay más peligro. Pero, ¿qué maravilla si Cristo visita a los que están en la cárcel, quien recordó que él mismo está encerrado en sus fieles en la cárcel, como tienes escrito: Estaba en la cárcel, y no vinisteis a mí (Mat. XXV, 43)? ¿A dónde no penetra la misericordia divina? José encontró tal gracia, que quien había sido encerrado en la cárcel, él mismo más bien guardaba las puertas de la cárcel, concedía el carcelero por don, y todos los encerrados eran encomendados a su potestad. Así que José no solo no sentía la cárcel, sino que también aliviaba a otros de la carga de la cárcel.

CAPÍTULO VI.

Después de una breve invectiva contra la mujer, pasa a los eunucos, también autores de esta injuria; y demostrando cuán frágil es su estado, refiere el sueño de otro y su exposición. De aquí muestra que el poder del mundo es similar a un sueño. Luego, alabando mística al intérprete hebreo, arremete contra el eunuco ingrato. Finalmente, aludiendo tácitamente a Calígono, añade algunas cosas sobre el estado y fragilidad de los ministros reales.

28. Así pues, el autor de esta injuria es la mujer y los eunucos; pero la mujer de los egipcios, quien acostumbraba a mezclar palabras procaces con los hombres, a provocar a los recatados, a perseguir a los que huían, a acosar a los pudorosos, cuando no podía defender sus vicios, acusaba a los inocentes, mezclando perfidia con perfidia, reteniendo lo ajeno, y condenando a otros, sin poner límite a su furia. ¿Cuál es la causa de la crueldad, sino que veía que se le oponían a sus deseos, y que sus deseos eran frustrados por la falta de consentimiento? He aquí por qué se abre la cárcel, para recibir a los inocentes: se sueltan las cadenas de los culpables, para imponerse a los fieles: se liberan los adúlteros de la verdad, para que sea encerrado quien rechazó el adulterio de la fe.

29. ¿Qué diré de estos eunucos? quienes deben ser ejemplo para los demás eunucos, de que su estado es frágil y tenue, y toda su esperanza está en la voluntad del rey, para quienes una leve ofensa es el mayor peligro: y en las segundas cosas, un vil ministerio. Uno se gloriaba de ser el encargado del vino, otro de ser el de los panaderos. Ambos ofendieron, y enviados a la cárcel, y encomendados al santo José por el mismo carcelero, estando allí muchos días, vieron un sueño; y cuando José los visitó, los encontró tristes y turbados de ánimo; porque se turbaban por el sueño, cuyo intérprete no encontraban: ¿No es acaso de Dios, dijo, la interpretación del sueño? Contadme, pues. Y el encargado del vino contó su sueño. Había una vid ante mí: en la vid había tres ramas; y ella, floreciendo, produjo racimos maduros de uvas: y la copa de Faraón en mi mano. Y la tomé, y la exprimí en la copa, y di la copa en manos de Faraón. Y José le dijo: Esta es su interpretación: Las tres ramas son tres días. Aún en tres días, Faraón recordará tu cargo, y te restituirá a tu oficio anterior, y darás la copa en manos de Faraón. Pero acuérdate de mí cuando te vaya bien, y haz misericordia conmigo, y acuérdate de mí ante Faraón, y me sacarás de esta cárcel; porque fui robado de la tierra de los hebreos, y aquí no he hecho nada malo, pero me han puesto en este pozo de cárcel.

30. No me agrada contar el sueño del otro. Ciertamente recordáis mis palabras, que incluso entonces rehuí su interpretación en aquel cuyo desenlace rehúyo, cuya muerte me horroriza. Hablemos primero de este, quien si parecía bienaventurado, era porque era el encargado del vino; y creía que este era el ápice supremo de todo poder, porque daba la copa al rey. Esta era su gloria, esta su magnificencia en este mundo: de esto se dolía al ser privado; de esto se alegraba al ser restituido. Pero esto es un sueño, y todo el poder del mundo es un sueño, no es verdad. Finalmente, por un sueño vio que se le devolvía su cargo. Y Isaías dice que tales hombres, que se deleitan en las cosas secundarias de este mundo, son como quien en sueños come y bebe, parece que se llena de comida o bebida mientras duerme: pero cuando despierta, comienza a tener más hambre; y entonces entiende cuán vana fue aquella comida y bebida del soñador: así quien duerme en este mundo, y no abre los ojos a los misterios divinos, mientras está gravado por el sueño del cuerpo, cree que este poder secular tiene algún valor, como si lo viera en sueños: cuando despierta, descubre cuán vana es la felicidad de este mundo (Isaías XXIX, 8).

31. Considera ahora a aquel verdadero hebreo, aquel intérprete no de sueños, sino de la verdad y de la visión clara, quien de aquella plenitud de la divinidad, de la libertad de la gracia celestial, vino a esta cárcel corporal, a quien no pudo cambiar la seducción de este mundo, ni derribar ninguna corrupción de la mundana voluptuosidad, quien tentado no cayó, deseado no deseó, finalmente, capturado por la mano adúltera de la Sinagoga, despojado de la vestidura del cuerpo, ascendió libre de la muerte. La meretriz calumnió, donde no pudo retenerlo, a quien la cárcel no aterrorizó, ni el infierno retuvo: incluso donde había descendido como si fuera a ser castigado, allí liberó a otros: donde las cadenas de la muerte los ataban, allí él mismo aflojó las cadenas de los muertos.

32. Considera, pues, a este hebreo diciendo al encargado de los eunucos, quien había contraído la ofensa real, a quien había restituido a su cargo: Acuérdate de mí cuando te vaya bien: y haz misericordia conmigo, y acuérdate de mí. Por eso lo repitió dos veces, porque sabía que no recordaría lo que había escapado de la injuria, cuando recuperara el poder. Por eso lo advirtió dos veces, porque lo liberó dos veces; para que si la memoria del primer beneficio no lo retuviera, al menos la del posterior lo alcanzara, no despreciara al autor de su salvación, no violara con pérfida transgresión. Pero lo que es peor, la olvido del beneficio se infiltra rápidamente en las cosas secundarias. Restituido a su cargo, no se acordó del intérprete, sino que lo olvidó. Pero aunque él olvidara, Cristo no olvidaba: sino que le hablaba, y le hablaba por medio del siervo diciendo: Acuérdate de mí, esto es, al menos por la

contemplación de tu cargo recuerda lo que has oído. Pero aunque ahora lo olvides, te acordarás de mí; para que escapes del peligro, quien olvidaste el beneficio. Sin embargo, elevado por el poder no recordaba. ¿Y cuán grande es este poder, donde el ministerio del vino! He aquí de dónde toda la jactancia; porque era el encargado de los eunucos, quienes servían el vino en las copas reales.

33. Y sucedió, dice, después de dos años (Gen. XLI, 1). Miento sobre el tiempo de nuestro eunuco, si no coincide también el día; porque después de dos años recuperó su cargo, y no se acordó, sino que fue advertido. Reconoció que incluso el reino mismo en este mundo era un sueño, quien no creyó en su propio sueño: aprendió también que el reino es un sueño, y que sus poderes no son perpetuos. Pero que este lugar pase rápidamente el dolor, para que no se agrave con la misma mención: ni siquiera me deleita recordar mi propio discurso, que en aquel tiempo o el dolor derramó, o la contumelia de la Iglesia extorsionó.

34. Advertido, pues, de sí mismo por el sueño del rey, dijo: Recuerdo mi pecado (Ibid., 9). Tardía es esta, pero ojalá verdadera confesión. Confiesas el pecado después, que antes del pecado debiste haber evitado. Qué pronto olvidaste: Acuérdate de mí. Sabes que en aquel tiempo este fue el discurso: pero tenías los oídos embotados por la arrogancia del poder, y ebrio de vino no escuchabas las palabras de sobriedad. Al menos ahora acuérdate de mí, quien tarde confiesas el pecado. Quien ruegas al siervo de Cristo, ¿por qué niegas al Señor? Embriágate ya no con vino, sino con el Espíritu Santo. Recuerda lo que sufrió, con quien dormiste tu sueño, y soñaste un sueño. Y él también era encargado, y encargado de los banquetes del rey, que pertenecían a la obra de la panadería. Creía ser sublime, porque tenía en su poder el pan real: no sabía que había muchos recovecos en este poder. Amenazaba a otros, él mismo pronto sería entregado al supremo castigo; ni escuchó a aquel, quien aunque siervo del Señor, sin embargo hablaba el oráculo: que por mandato del mismo rey, de quien tanto se jactaba, perdería la cabeza, y sería dejado como alimento a las aves. Al menos este ejemplo debía haberte hecho volver, para que no creyeras en la perfidia.

35. Hay también otros ejemplos del orgullo y fragilidad de los ministros reales, que la historia de tiempos posteriores contiene. Y Doeg era encargado, y encargado del rey de los animales para la disciplina de los mulos, esto es, de los animales eunucos. Este también delató al sacerdote del Señor, y con engaño movió al rey al peligro del sacerdote, y este era sirio. ¿Miento, cuando tanto la patria como los hechos coinciden? También Amán, encargado de la cámara del rey, mientras intentaba con temeridad impía invadir las iglesias del Señor, y despojar y perseguir al pueblo fiel, pagó con graves castigos sus sacrilegios.

CAPÍTULO VII.

Sacado José de la cárcel, se propone el sueño del rey, que también es explicado por él. Esto Ambrosio lo acomoda tanto a los asuntos de su tiempo, como al presente y futuro siglo. Después, interpretando mística los premios de José, su matrimonio, hijos, distribución de grano, de Cristo; y finalmente nos exhorta a comprar alimentos espirituales.

36. Pero volvamos a este encargado del vino, quien como ebrio de mucho vino olvidó por mucho tiempo al autor del beneficio: sin embargo, alguna vez, para proveer al rey de un intérprete, no como agradecido, sino como astuto, intimó la serie del hecho. Conocido esto, el rey también mandó llamarlo, y sacado de la cárcel lo interrogó, si podía interpretar el sueño. Deleitado con su explicación, removió la injuria, le otorgó honor. Así que vean si esto no se ajusta también a los presentes. La injuria fue infligida antes de que fuera conocido por el rey: la gracia fue devuelta, cuando fue conocido por el rey. Así que el rey está libre de culpa;

porque lo que el santo varón recibió como injuria, fue ajeno: y lo que recibió como gracia, es propio del rey.

37. El sueño de él, y su interpretación es de esta manera: Lo que hace Dios, dice, lo muestra a Faraón. Las siete vacas buenas, son siete años; y las siete espigas buenas, son siete años. El sueño de Faraón es uno. Y las siete vacas flacas, que subían después de ellas, son siete años; y las siete espigas flacas, y corrompidas por el viento, son siete años. Habrá hambre por siete años. Pero la palabra que dije: Lo que hace Dios, lo muestra a Faraón. He aquí que vienen siete años de gran abundancia en toda la tierra de Egipto. Pero vendrá hambre por siete años después de esto, y olvidarán la abundancia en toda Egipto: y consumirá el hambre toda la tierra, y no se reconocerá la abundancia de la tierra por el hambre que vendrá después de esto. Porque será muy fuerte. Pero el sueño que Faraón repitió dos veces; porque la palabra de Dios será verdadera, y Dios se apresurará a hacerlo. (Gen. XLI, 25 y ss.)

38. Viejo sueño, cosas recientes. Las posteriores han sido consumidas por las anteriores: y donde antes había abundancia, allí se ha hecho indigencia de todas las cosas. Si alguien hubiera dado tal consejo al rey, para que guardara algo de la abundancia anterior para la posterior edad de su principado, también al resto del tiempo habría redundado en abundancia de dar generosamente. Pero la excesiva efusión del tiempo anterior también dejó desprovisto lo posterior, y los hombres, saqueando todo, no querían emplear a algún José. Aunque no soy yo José (¿quién es eso?) clamaba sin embargo que aquellas vacas gordas no solo significaban la lascivia, sino también la negligencia de la reverencia divina (pues de los pérfidos se ha dicho: Toros gordos me han rodeado (Sal. XXI, 13): y del pueblo de los judíos está escrito (Deut. XXXII, 15): Engordado, y hecho obeso, y dilatado, y abandonó a quien lo hizo), y por eso aquel sueño de la redundancia secular no podía ser perpetuo: habría un tiempo en que a estos les sucedería una dura hambre.

39. Sin embargo, no creo que este sueño haya sido mostrado a uno o dos, sino propuesto a todos; porque los siete años de este mundo gordos, y opimos en abundancia secular, serán absorbidos por aquellos siglos que están por venir, en los cuales habrá descanso perpetuo, y observancia de la ley espiritual, que aquella tribu de los padres de Efraín guarda fructífera para Dios. Buena vaca, no aquella hinchada de ubre corporal, sino abundante en leche espiritual y gracia, sobre cuya belleza del cuello Dios dice que se sienta, como está escrito: Efraín es una vaca enseñada a amar la victoria. Pero yo pasé sobre la belleza de su cuello (Ose. X, 11). No nos unja, pues, la cabeza el aceite del pecador, ni nos deleiten los falsos frutos, para que no se diga también de nosotros: Sembrasteis impiedad, y cosechasteis iniquidades. Comisteis el fruto falso, porque confiasteis en vuestros carros (Ibid., 13). No me mueve que tenga espigas flacas, y corrompidas por el viento; porque también David era mejor entonces, cuando como araña se deshacía: y el espíritu contrito es sacrificio de Dios; y aquellos se vuelven más excelentes, a quienes en este mundo el espíritu maligno ejercitó con graves injurias.

40. Por lo tanto, creo que José mereció más las recompensas místicas, porque habló de cosas místicas. ¿Qué significa el anillo puesto en su dedo, sino que entendamos que se le confirió el pontificado de la fe, para que él mismo pudiera sellar a otros? ¿Qué significa la túnica con la que fue vestido de sabiduría, sino el principado de la prudencia otorgado por aquel rey celestial? El collar de oro parece expresar un buen entendimiento. El carro también significa la alta cima de los méritos. ¿Y quién es el que tomó una esposa de entre las naciones, sino aquel que reunió para sí a la Iglesia de entre las naciones, y recibió de ella un hijo, Manasés, por quien olvidó todos sus dolores que tuvo por los sacrilegios de los judíos? También recibió

otro hijo, Efraín, por cuyo progreso se hizo evidente que la humildad asumida en la carne no humilló la divinidad, sino que acumuló gloria.

41. Finalmente, todos los que sufrían hambre eran enviados a José. ¿Quiénes son estos, sino aquellos de quienes se dice: "Se volverán al atardecer, y sufrirán hambre como perros" (Salmo LVIII, 7)? Pero había hambre no solo en un lugar, sino en toda la tierra; porque no había quien hiciera el bien. Por eso el Señor Jesús, compadecido de los ayunos mundanos, abrió sus graneros y reveló los tesoros ocultos de los misterios celestiales de la ciencia y la sabiduría; para que a nadie le faltara alimento. Porque la Sabiduría dijo: "Venid, comed de mi pan" (Prov. IX, 5). Y por eso solo de él se dice: "El Señor es mi pastor, nada me faltará" (Salmo XXII, 1), quien es saciado por Cristo. Cristo, por lo tanto, abrió sus graneros y vendía, no por dinero, sino buscando el precio de la fe y la recompensa de la devoción. Pero no vendía a unos pocos en Judea, sino que vendía a todos, para que de todas las naciones se creyera.

42. Y todas las regiones vinieron a Egipto a comprar a José (Gén. XLI, 5 y 7); porque la hambre había prevalecido. Todos tienen hambre, aquellos a quienes Cristo no ha alimentado. Compremos, pues, alimentos con los que podamos repeler el hambre. Que nadie se detenga por la contemplación de su pobreza, que nadie tema si no tiene dinero. Cristo no busca dinero, sino la fe que es más preciosa que el dinero. De hecho, Pedro la compró, quien no tenía dinero. "Dinero y oro no tengo", dijo, "pero lo que tengo, te doy. En el nombre de Jesucristo, levántate y anda" (Hechos III, 6). Y el profeta Isaías dice: "Todos los sedientos, venid a las aguas; y los que no tenéis dinero, venid, comprad y bebed, y comed: comprad sin dinero y sin precio vino y leche" (Isaías LV, 1). Porque no buscó de nosotros un precio, quien por nosotros pagó el precio de su sangre; porque no con oro y plata, sino con su preciosa sangre nos redimió. Por lo tanto, debes el precio con el que fuiste comprado; y aunque él no siempre lo exija, tú sin embargo lo debes. Compra, pues, a Cristo para ti, no con lo que pocos tienen, sino con lo que todos tienen. Todos lo tienen por naturaleza, pocos lo ofrecen por temor. Cristo reclama lo que es suyo de ti. Él mismo dio vida a todos, él mismo ofreció su muerte por todos. Paga por el autor, lo que pagarás por ley. Este contrato no es mediocre. No todos lo ven fácilmente. Finalmente, aquellas vírgenes en el Evangelio (Mat. XXV, 9 y ss.) que el esposo, al llegar, excluyó, fueron dejadas afuera porque no compraron el aceite que se vendía. Por eso se les dice: "Id más bien a los que venden, y comprad para vosotras". Y no sin razón se alaba al comerciante que vendió todo lo que tenía y compró la perla (Mat. XIII, 46).

CAPÍTULO VIII.

Exhortación de Jacob a sus hijos para que vayan a Egipto a comprar alimentos, ¿qué significa? ¿Qué significa también la partida de diez de ellos, dejando a Benjamín en casa?

43. Y Jacob dijo a sus hijos: "¿Por qué estáis inactivos? He oído que hay grano en Egipto: id allí y compradnos alimentos" (Gén. XLII, 1 y 2). Jacob no dijo esto una sola vez, lo dice diariamente a todos sus hijos que llegan tarde a la gracia de Cristo: "¿Por qué estáis inactivos? He oído que hay grano en Egipto". De este grano es el grano que resucita. Por lo tanto, quien sufre hambre debe atribuirlo a su propia pereza. "He oído", dice, "que hay grano en Egipto". Los más jóvenes suelen escuchar algo más rápido que los mayores, mientras que los que están afuera recorren mucho. Pero este negocio lo escucha primero el anciano, pero ese anciano en quien hay una fe de larga canicie. El anciano lo entiende primero, pero ese anciano en quien hay una vejez venerable, y la edad de la vejez es una vida immaculada.

44. Y no todos emprenden este negocio, sino los hijos de Jacob, y ellos mismos de edad más avanzada. Por eso van diez, no va el más joven. No lo envió el padre: "No sea que le ocurra", dice, "alguna debilidad" (Gén. XLII, 3 y 4). Benjamín, el más joven, aún era susceptible a la debilidad. Se lee que el patriarca es Benjamín, pero se prefiguraba a Pablo de la tribu de Benjamín. Con razón Jacob dudaba de su debilidad. De hecho, se debilitó para ser sanado: sufrió ceguera, pero esta debilidad fue para la salvación. Finalmente, esa ceguera trajo luz.

45. Hemos recibido la historia, conozcamos el misterio. Sin Benjamín, los patriarcas fueron primero: sin Pablo, los apóstoles. Ambos no llegaron primero, pero al ser llamados por los primeros, hicieron más abundante la recompensa de los primeros con su llegada. "Hay grano en Egipto", dice, es decir, donde hay mayor hambre, allí hay mayor abundancia. Gran grano en Egipto. Finalmente, Dios Padre dice: "De Egipto llamé a mi Hijo" (Oseas XI, 1). De este grano, aquella fecundidad. Porque no podría haber cosecha, si los egipcios no hubieran sembrado antes el grano. Por lo tanto, hay grano que nadie antes creía que existiera. En este grano negocian los patriarcas. Y ellos llevaron dinero: pero el buen José dio grano, devolvió el dinero. Porque Cristo no se compra con dinero, sino con gracia. Tu precio es la fe. Con esto se compran los divinos misterios. Pero este grano lo lleva aquel asno que antes era impuro en la ley; pero ya puro en la gracia.

CAPÍTULO IX.

Con el hambre intensificándose, los hijos de Jacob regresan a Egipto, llevando consigo a Benjamín y regalos. José habla amablemente con sus hermanos, quienes, invitados a un banquete, sospechan que se les prepara una calumnia. Son confirmados por el mayordomo. Todo esto se expone sobre la vocación y predicación de Pablo, así como sobre la infidelidad de los judíos.

46. Sin embargo, Benjamín, el más joven, estaba retenido y aún se aferraba al afecto paterno. Lo retenían las ataduras de la ley, la costumbre paterna. La hambre se intensificaba, porque llegaba tarde. Interceden por él dos, Rubén y Judá (Gén. XLIII, 1 y ss.), es decir, la humildad y la confesión. Con estos garantes se presenta ante el padre, a estos se le confía, de los cuales uno es primogénito, el otro resucitado. La ley del primogénito, el Evangelio del resucitado. Con estos se lleva a Benjamín, el más joven, y llega acompañado de buenos olores, llevando consigo resina, con la que se conectan las piedras de mármol; porque con su propia predicación, como con resina espiritual, también él conectaba piedras vivas: llevando también miel, con la que se corroen internamente las cosas nocivas de la herida sin ninguna amargura de corte. Tal es la predicación de Pablo, que abolía el afecto podrido, y evacuaba el humor corrupto con el agujón de su disputa, deseando más bien quemar las entrañas del alma enferma que cortarlas. El incienso de la oración, y la casia, y la mirra, David el profeta nos enseñó que son insignias de sepultura, diciendo: "Mirra y áloe y casia de tus vestiduras" (Salmo XLIV, 9). Porque Pablo vino a predicar la cruz del Señor, el roble siempre verde, y las nueces cuya cáscara es más dura, el fruto más tierno: y con razón la vara sacerdotal de Aarón era de almendro, y el bastón de Jeremías de este tipo. También, ¿quién duda que la plata doble no son dones ociosos, cuando tanto la vida del Patriarca como el discurso del Apóstol siempre florecen en los corazones de cada uno; y el elocuente discurso de los santos, como plata refinada en el fuego, resplandece con el brillo del precepto saludable? No sin razón llevan plata doble aquellos en quienes se prefiguraba la llegada de Pablo, quien otorgaba doble honor a los presbíteros que trabajaban en la palabra y la doctrina.

47. Pero José los vio, y a Benjamín su hermano de la misma madre (Gén. XLIII, 29). Ya los hebreos son vistos, y son vistos por Cristo, quien es el verdadero José, cuando vienen con el

tipo de Pablo: y les habla cosas suaves y amables, para que juntos compartan la comida. Pero antes, porque vinieron sin Benjamín, los reconocía, pero se apartaba de ellos, como está escrito: "Y les hablaba duramente" (Gén. XLII, 7), porque ellos no lo reconocían a él, por quien eran reconocidos. Por el mérito de Pablo, por lo tanto, progresaron, a quien el Señor Jesús amaba más que a los demás hermanos, como a un hermano menor nacido de la misma madre. Que los judíos consideren a quien negaron como Señor, quien incluso crucificado, sin embargo, de su sinagoga, como nacido de la misma madre, los ama más, si al menos tarde reconocen al autor de su salvación. Pero conscientes de sus propios delitos, no creen que la misericordia de Cristo sea tan grande como para perdonar el pecado, remitir la injuria. Por lo tanto, se prefiguraban en los patriarcas cómo serían en el futuro. Eran invitados a la gracia, llamados al banquete de la mesa de salvación; y sospechaban que se les preparaba una calumnia, que se les tendían trampas.

48. Y comenzaron a querer presentar su caso al hombre que estaba sobre la casa en la puerta de la casa (Gén. XLIII, 19). Aún dudan en entrar, y prefieren justificarse por sus obras, quienes quieren presentar su caso, que recibir la gracia, y por eso son reprendidos en las puertas. Pero quien espera el fruto del vientre virginal, y negocia la herencia del Señor, no se avergonzará en la puerta: sino que al final de esta vida repele al enemigo; para que no se oponga a quien se apresura a cosas más altas, consciente de una culpa más grave.

49. Por lo tanto, el mayordomo les respondió mística y moralmente. Y entiende quién es cuando lees que Moisés fue fiel en toda su casa. Los mayordomos son Moisés, Pedro y Pablo, y los demás santos: pero Cristo es el único Señor. Está escrito: porque Moisés fue fiel en toda su casa como siervo en testimonio de lo que se diría (Hebr. III, 5): pero Cristo como hijo en su casa, que casa somos nosotros, si mantenemos la libertad y la gloria de la esperanza (Hebr. III, 6).

50. Este mayordomo, por lo tanto, les respondió: "Dios os sea propicio, no temáis; porque vuestro Dios, y el Dios de vuestros padres os ha dado tesoros en vuestros sacos: pero vuestra plata probada, la tengo aceptada" (Gén. XLIII, 23). Porque ellos habían dicho: "La plata de cada uno la encontramos en nuestros sacos, hemos devuelto nuestra plata a su peso" (Gén. XLIII, 21). ¡Oh grandes misterios, y claramente expresados! Esto es decir: ¿Por qué os inflamáis? ¿Por qué usáis tan a menudo la plata que tenéis en vuestros sacos? ¿Qué tenéis que no hayáis recibido? Si lo habéis recibido, ¿por qué os gloriáis, como si no lo hubierais recibido? Ya estáis saciados, os habéis hecho ricos, porque creéis que tenéis plata: pero Dios, el Dios de vuestros padres, os dio la plata. Ese es vuestro Dios, ese es el Dios de vuestros padres, a quien negasteis. Pero perdona, pero concede indulgencia, pero recibe si os volvéis. Él es quien no busca vuestra plata, sino que da la suya. Él os dio plata en vuestros sacos. Ya vuestros sacos tienen plata, que tenían barro; y por eso es vuestro quien dice: "Rasgaste mi saco, y me vestiste de alegría" (Salmo XXIX, 12). El don de la alegría es Cristo, él es vuestra plata, él es vuestro precio. El Señor Jesús no exige de vosotros el precio de su grano, no busca el peso de vuestra plata. Vuestra plata es reprobada, la plata del saco no es buena.

51. "Vuestra plata probada, la tengo aceptada" (Gén. XLIII, 23); es decir, no es esa plata material vuestra: sino vuestra plata espiritual, esta es probada, que habéis traído con devoción fiel como hijos de Jacob, que se da sin daño, y se cuenta sin ninguna pérdida: puesto que con tal precio se excluye el detrimento de la muerte, se adquiere el lucro de la vida.

CAPÍTULO X.

Después de unas pocas palabras sobre el mediodía, se relata la presentación de los regalos preparados, la instauración del banquete y el encuentro muy humano de José con sus hermanos. Al ver a su hermano Benjamín, y preguntando por él, lo bendijo, y después de retirarse para ocultar sus lágrimas, pronto regresó con el rostro lavado. A esto se añade una interpretación moral y mística.

52. Prepararon, pues, los regalos, hasta que José entrara al mediodía (Gén. XLIII, 25). La fe de Pablo se aceleró al mediodía. Antes era ciego, después comenzó a ver la luz de la justicia; porque quien revela su camino al Señor, y confía en él, el Señor también sacará su justicia como la luz, y su juicio como el mediodía. Y cuando Dios apareció a Abraham en el encinar de Mamré, era mediodía, a quien la luz eterna brillaba por la presencia del Señor. Es mediodía cuando el verdadero José entra en su casa para comer. Porque entonces el día brilla más, cuando celebramos los sacramentos.

53. Y le llevaron, dice, regalos (Gén. XLIII, 26 y ss.). Nosotros llevamos regalos, él instaure el banquete. Él dice: "Poned los panes", que solo los hebreos comen, los egipcios no pueden comer. Pero antes del banquete, ¡cuánta dignidad! ¡Qué uso de esta solicitud y gracia moral! Aún sospechosos de la calumnia que pensaban que José les hacía, los hermanos eran invitados al almuerzo, su afecto vacilaba: la gracia de él persevera: él es el primero en hablar, el primero en preguntar: "¿Cómo estáis?"

54. Y nuevamente dice: "¿Está bien vuestro padre anciano?" Es propio del superior provocar al inferior al coloquio, dar confianza en el discurso, preguntar no solo por ellos, sino también por los padres.

55. Ellos responden: "Está bien tu siervo, nuestro padre". Él dijo anciano, para honrarlo: ellos lo llamaron siervo, para ofrecer el obsequio de la humildad; porque la vejez es de dignidad honrada, pero la juventud parece más sujeta, y más cercana a la modestia que al orgullo.

56. Pero al mirar con sus ojos vio a Benjamín, su hermano de la misma madre (Gén. XLIII, 29). Es moral que a quienes amamos, los veamos antes que a los demás; y a quienes la intención del alma tiene como primeros, esos ofenden la vista de nuestros ojos. Porque a menudo, ocupados en otras cosas por la distracción de la mente, no vemos a quienes tenemos ante nuestros ojos: así, nuestro aspecto se dirige guiado por el alma. Por lo tanto, el santo José vio a su hermano Benjamín, a quien tenía en el alma, a quien buscaban sus ojos: cuya ausencia, casi no había visto a los hermanos, porque no servía de nada: y no contento con solo haber visto, como si no supiera, preguntó: "¿Es este vuestro hermano menor?" La costumbre y la gracia de la caridad es que a los que amamos no solo los tengamos con los ojos, sino también con la palabra. José había reconocido a su amado: pero por eso preguntaba, para que a quien tenía el alma, la voz lo sonara.

57. Finalmente, no esperó a que se respondiera: sino que inmediatamente lo bendijo, y se turbó por el fruto de su deseo. Pero sus entrañas se conmovieron (Gén. XLIII, 30); porque se difería la libertad de abrazar a aquel a quien había deseado. Finalmente, "Entró en la despensa y lloró, y lavó su rostro, y se contuvo" (Gén. XLIII, 30). Los grandes agujones del amor pronto hieren los corazones, a menos que se aflojen las riendas del deseo. José era vencido por el afecto, diferido por el consejo: la razón luchaba con el amor. Lloró, para templar con lágrimas el ardor de su amor piadoso. Esto moralmente.

58. Pero mística. El Señor Jesús vio a Pablo, porque los ojos del Señor están sobre los justos, y dijo: "¿Es este vuestro hermano menor?" (Gén. XLIII, 29). Aún se le llama menor, quien

aún no llevaba la edad madura de la fe canosa, aún no había crecido en un hombre perfecto, en esa, como él mismo dice, medida de la plenitud de la edad de Cristo (Efes. IV, 13). Finalmente, se lee que era joven solo allí (Hechos VII, 57), donde guardaba las vestiduras de los que apedreaban a Esteban. Y por eso deseaba que Filemón fuera semejante no a su juventud, sino a su vejez, como escribió: "Más bien te ruego, siendo tal como Pablo anciano" (Filemón 9). Por eso predica que se deben evitar las viudas más jóvenes (I Tim. V, 11), no por la edad, sino por cierta lascivia de los delitos juveniles, e inmadurez de la virtud. Sin embargo, creo que no está lejos de la verdad entender que cuando Pablo tenía esto, y horrorizado, corregido, que le había ocurrido la ceguera, comenzaba sin embargo a acercarse diciendo: "Señor, ¿qué quieres que haga?" (Hechos IX, 6); por eso se le llamaba menor por Cristo, para que quien era llamado por la gracia, fuera excusado de la culpa, porque era de una edad resbaladiza. Finalmente, Cristo lo vio, donde la luz lo rodeó. Y porque los jóvenes son más retraídos por el miedo que por la razón del vicio, aplicó el aguijón, y compadecido le advirtió que no pateara contra el aguijón.

59. Pero se turbó, como tienes en el Evangelio (Juan XI, 33), porque se turbó en espíritu, cuando resucitó a Lázaro; y allí lloró, para lavar primero con sus lágrimas los pecados del muerto. Pero lloró dentro de sí, y lavó su rostro. La ceguera de Pablo es el llanto de Cristo: lava su rostro, donde se le restaura la luz perdida. Lava su rostro Cristo, donde Pablo es bautizado, por quien el Señor Jesús sería visto por muchos. Y por eso en el banquete su parte se hizo cinco veces mayor, porque debía ser preferido a los superiores, no solo por la prudencia de la mente, sino también por la milicia del cuerpo, y la gracia de la castidad.

CAPÍTULO XI.

Todos los hermanos se embriagan con el santo José; pero solo en el saco de Benjamín se inserta la copa. Se inspeccionan en orden los sacos de todos, y finalmente se encuentra aquel vaso, y se extraen sus misterios; donde principalmente se discute sobre los dones divinos, y sobre la vocación de Pablo.

60. Pero bebieron, y se embriagaron juntos con él (Gén. XLIII, 34). Desde el principio de la fe se otorga una mayor prerrogativa a Pablo, de quien se dijo a Ananías: "Ve, porque instrumento escogido es este para mí, para llevar mi nombre ante las naciones" (Hechos IX, 15). Desde el principio se embriaga con una embriaguez, pero sobria; para que él mismo con los santos dijera: "Y tu copa embriagante, ¡cuán gloriosa es!" (Salmo XXII, 5).

61. Y la copa de plata fue colocada solo en el saco de él (Gen. XLIV, 2). Benjamín no sabía esto: Pablo fue engañado, pero fue llamado. Se le envía por la mañana. Pues la noche de la ceguera había precedido, el día de la fe se acercaba.

62. Se inspeccionan primero los sacos de cada uno en orden (Ibid. 12 y ss.). La Escritura divina te enseña la moralidad. Se sentaron en orden en el banquete frente a él, el primogénito según su edad (Gen. XLIII, 33). Ves que ese lugar debe ser concedido al mayor. De nuevo, se revisan los sacos de cada uno en orden, para que sepas que Pablo fue elegido por el juicio celestial. Examinó a los demás, lo prefirió a él. En el saco de ningún otro se encontró la copa de plata, solo en el de él. ¿Qué significa que fue colocada en el saco? José ciertamente embriagó para engañar: envió la copa para llamar de vuelta con piadoso engaño al hermano que amaba: pero resplandecen los misterios divinos.

63. Cristo encontró en nosotros la plata que él mismo había dado. Tenemos la plata de la naturaleza, y también la de la gracia. La naturaleza es obra del creador: la gracia es don del redentor. Y si no podemos ver los dones de Cristo; él, sin embargo, da y obra en secreto, y da a todos: pero es de pocos conservar y no perder. No a todos da todo. El trigo se da a muchos, la copa a uno, que es otorgada con el don profético y sacerdotal. Pues no todos, sino el Profeta dice: Tomaré la copa de la salvación, e invocaré el nombre del Señor (Sal. CXV, 13).

64. En el cuerpo de Pablo ya resplandecía el discurso de la doctrina celestial, cuando fue instruido en la ley. Pero como aún no estaba sujeto a la justicia de Dios, la copa estaba dentro del saco, la doctrina dentro de la ley, la lámpara dentro del clemén. Sin embargo, fue enviado Ananías, para que diera la bendición, impusiera la mano, desatara el saco: desatado el saco, resplandeció la plata, y al caer las escamas como ciertas ataduras del saco, inmediatamente vio (Hech. IX, 17). Su atadura era la perfidia: su absolución se hizo fe. Y por eso, como desatado del saco, es decir, quitado el velo de la ley que está puesto sobre el corazón de los judíos, convertido al Señor, libre del vínculo, alcanzó la gracia de la libertad y dijo: Nosotros, pues, con el rostro descubierto, contemplando la gloria de Dios, somos transformados en la misma imagen (II Cor. III, 18). Pues desatado el calzado de la ley, con el pie desnudo predicaba el Evangelio con libre discurso. Los judíos lo retenían y querían impedirlo: pero cuando en su saco resplandeció la plata, rasgaron sus vestiduras y retrocedieron. Pues la libre predicación de Pablo por Cristo desnudó al pueblo de los judíos y cortó toda su gracia.

65. Por eso retrocedieron, los que antes no podían ver (Gen. XLIV, 13). Retroceden, los que pierden a Cristo. Finalmente, también en el Evangelio (Juan XVIII, 6) cuando reprendían a muerte al Señor Jesús, retrocediendo cayeron en tierra. Con razón retrocedían, los que caían en la ruina terrenal desde aquella gracia celestial. No querían, pues, moralmente regresar sin el hermano, mística y sin Pablo volver: perdido él, afirmaban que la vejez del pueblo padre sería llevada al dolor.

66. Y por eso Judá deseaba quedarse con José (Gen. XLIV, 18 y ss.), para no ver los males que encontrarían a su padre, es decir, ya prevenía y deseaba evitar los males que vendrían al pueblo de los judíos. Pero como aún no era en ese tipo la libre predicación de los príncipes del pueblo de los judíos, José lloró, es decir, en él lloró Jesús.

CAPÍTULO XII.

José se manifiesta a sus hermanos, los invita a acercarse y hasta los excusa, expresando el modo de actuar que Cristo usaría contra los judíos. Allí se establece una comparación elegantísima de las palabras de ambos; y después de eso, el abrazo de Benjamín por José se explica brevemente sobre Pablo.

67. Y ordenó que todos se retiraran, para ser conocido por sus hermanos. Pues no había venido, como él mismo dijo, sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Y emitiendo su voz con llanto, dijo: Yo soy José; ¿aún vive mi padre? (Gen. XLV, 2 y 3). Esto es, extendió sus manos a un pueblo incrédulo y contradictor: no buscando un enviado ni un mensajero, sino él mismo queriendo salvar a su pueblo: Yo mismo que hablaba, aquí estoy, dice (Isaías LII, 6). Y: Me hice visible a los que no me buscaban, aparezco a los que no preguntaban por mí (Isaías LXV, 1). ¿Qué otra cosa clamó entonces, sino: Yo soy Jesús (Juan XVIII, 5), cuando a los príncipes de los judíos que preguntaban: ¿Eres tú el hijo de Dios? respondía: Vosotros decís que yo soy; cuando a Pilato decía: Tú dices que soy rey; para esto he nacido, para dar testimonio de la verdad (Ibid., 37); cuando al sumo sacerdote que decía: Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo, el hijo de Dios, respondía: Tú lo has dicho.

En verdad os digo, desde ahora veréis al hijo del hombre sentado a la derecha del poder de Dios, y viniendo con las nubes del cielo (Mat. XXVI, 63 y 64). Esto es, pues, lo que dice: Yo soy José, yo soy de la potencia divina. ¿Aún vive mi padre? Esto es, yo no niego al padre, yo reconozco a los hermanos, si o bien vosotros reconocéis al hermano, o el padre al hijo. ¿Aún vive, pues, mi pueblo, del cual he elegido un hermano para mí?

68. Acercaos a mí (Gen. XLV, 4); porque yo me he acercado a vosotros, y me he acercado tanto, que por la ascensión de la carne me hice partícipe de vuestra naturaleza. No huyáis del participante de vuestra sociedad, si no reconocéis al autor de la salvación.

69. Y se acercaron a él, y dijo: Yo soy José vuestro hermano, a quien vosotros vendisteis a Egipto. Ahora, pues, no os entristezcáis, ni os parezca duro, porque me vendisteis aquí. Pues para vuestra vida me envió Dios delante de vosotros (Ibid., 4 y 5). ¡Qué piedad fraterna, qué dulce hermandad! que incluso excusara el crimen parricida, diciendo que fue por providencia divina, no por impiedad humana: puesto que no fue entregado a la muerte por los hombres, sino enviado por el Señor a la vida. ¿Qué otra cosa tiene aquella intercesión de nuestro Señor Jesucristo, que superó a todos los hermanos en piedad, en la cruz diciendo por el pueblo: Padre, perdónalos; porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34)? ¿Qué otra cosa aquella apelación de santidad en medio de los discípulos diciendo: Paz a vosotros: soy yo, no temáis (Luc. XXIV, 36)? Y cuando turbados y aterrados pensaban ver un espíritu, les dijo de nuevo: ¿Por qué estáis turbados, y por qué suben pensamientos a vuestros corazones? Mirad, mis manos y mis pies, que soy yo mismo. Palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo (Ibid., 38 y 39). Estos misterios, pues, ya entonces fueron revelados para los tiempos posteriores.

70. Finalmente, se expresan con las mismas palabras; para que entendamos que es el mismo, tanto el que habló antes en José, como el que después habló en su propio cuerpo; puesto que ni siquiera cambió las palabras. Pues dijo entonces: No os entristezcáis. Y más adelante: Subid a mi padre, y decidle: Así dice tu hijo José: Dios me ha hecho señor de toda la tierra de Egipto. Y en el Evangelio dice: No temáis. Id, anunciad a mis hermanos que vayan a Galilea, y allí me verán (Mat. XXVIII, 10). Y más adelante dice: Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra (Ibid., 18), esto es decir: fue disposición divina que recibiera potestad, no amargura humana. No reprocha el crimen, quien enumera el premio.

71. Pero lo que se tiene en el Génesis: Pues para vuestra vida me envió Dios delante de vosotros, lo devuelve en el Evangelio diciendo: Enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Ibid., 19). Esta es la recompensa y la vida de los santos, que también redimieron a otros.

72. Observa también, no está escrito en vano en el Génesis: Y estarás cerca de mí, tú y tus hijos, y los hijos de tus hijos (Gen. XLV, 10). Esto es lo que dijo en el Evangelio: He aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mat. XXVIII, 20).

73. ¡Qué evidente también aquel misterio, que como si hubiera completado todo mandato, José abraza a su hermano Benjamín, y cayó sobre su cuello (Gen. XLV, 14), así como también completado el Evangelio, Cristo abraza a Pablo con ciertos brazos de su misericordia (Hech. IX, 4 y ss.); para que, inclinado por la opinión interna, lo erija como desde el cuello hacia el cielo. De donde también él, erguido por Cristo, dice: Nuestra ciudadanía está en los cielos (Filip. III, 20).

CAPÍTULO XIII.

Faraón se alegra de que José haya encontrado a sus hermanos, cuya humanidad hacia ellos se explica. ¿Qué significan los regalos que José confiere a sus hermanos y especialmente a Benjamín, y los que destina a su padre? ¿Qué también que los exhorta a la paz al partir? ¿Qué sigue al regreso de ellos a la tierra de Canaán, y la admiración del padre al escuchar que su hijo vive?

74. Y se alegró Faraón de que José hubiera reconocido a sus hermanos (Gen. XLV, 16 y ss.). De donde también se divulgó la voz en la casa de Faraón. Y exhortó al santo José a invitar a sus hermanos, para que vinieran con su padre: y ordena llenar sus sacos de trigo, y darles vehículos. ¿De dónde esta humanidad al bárbaro, sino para mostrar un gran misterio, que ya no envidia la Iglesia, cuando los judíos son redimidos, y el pueblo cristiano se alegra con esta adición, y ayuda con los medios que puede, y envía a evangelizar el reino de Dios, para que sean llamados más rápidamente? A quienes se les dan dos vestiduras (Gen., XLV, 22).

75. Y alude a Pablo, cuando extrae sus palabras, a quien se le confieren trescientos áureos, y cinco vestiduras (Ibid., 23) de diversos colores por Cristo. Tiene trescientos áureos, quien predica la cruz de Cristo. Por eso dice: Pues no me propuse saber entre vosotros cosa alguna, sino a Jesucristo, y a este crucificado (I Cor. II, 2). Y bien recibe áureos, porque no predicaba con palabras persuasivas de sabiduría humana, sino con demostración del espíritu. Recibe cinco vestiduras, ya sea por las múltiples disciplinas de la sabiduría, o porque no capturado por las seducciones de los sentidos corporales, donde otros tienen peligro, allí él tiene victoria; quien supera todas las voluptuosidades de la carne con singular continencia y virtud, cuyo ingenio y estudio ninguna debilidad del cuerpo embota, quien aunque estaba en el cuerpo, no sabía que tenía cuerpo. Finalmente, arrebatado al paraíso, ya sea en el cuerpo, ya sea fuera del cuerpo sin saberlo, oyó palabras inefables, que no es lícito al hombre hablar: quien finalmente no olía a terrenal en la tierra, como él mismo enseña diciendo: Porque somos buen olor de Cristo para Dios en los que se salvan (II Cor. II, 15).

76. Por tanto, Pablo sobresale, y su porción abunda: pero sin embargo, otros predicadores tienen su gracia. Reciben dos vestiduras. ¿Cuáles son esas? Sin duda no debes dudar, porque has leído de la Sabiduría que dice: Hizo dos vestiduras para su marido (Prov. XXXI, 22). Una es mística, la otra moral. Pero no todos son apóstoles, no todos son profetas, no todos son pastores, no todos tienen virtudes, no todos tienen el don de curaciones, no todos hablan en lenguas. Donde hay méritos diversos, hay premios diversos.

77. Y se envían regalos al padre (Gen. XLV, 23). El hijo honra al padre. Cristo invita a su pueblo con promesas, invita con regalos. Llevan estos regalos aquellos asnos inútiles y laboriosos antes, ahora útiles: llevan en tipo de Cristo los regalos, para llevar en el Evangelio al dador de los regalos.

78. Pero despidió a sus hermanos, y se fueron. Y José les dijo: No os enojéis en el camino (Ibid., 24). Qué bien enseña que se debe prevenir la ira, porque puede incluso separar a hermanos que se aman: y especialmente en el camino debe evitarse la discordia, donde el mismo compañerismo del viaje debe tener el consorcio de una gracia inviolable. ¿Qué otra cosa dijo nuestro Señor Jesús al salir de este cuerpo, cuando despedía a sus discípulos, sino que no se enojaran en el camino, diciendo: La paz os dejo, mi paz os doy (Juan XIV, 27)? Pues donde hay paz, la ira no tiene lugar, se aleja la discordia, se huye de la disensión. Esto es, pues, lo que dice: Mi paz os doy; es decir, No os enojéis en el camino. Y mira que en este camino dice, es decir, en este curso de toda la vida, que se debe evitar la indignación, porque la ira a menudo incluso lleva a los inocentes al crimen: porque mientras nos enojamos más de

lo justo, y queremos cohibir el pecado ajeno, cometemos pecados más graves. Por eso el Apóstol: No os venguéis a vosotros mismos, amados: sino dad lugar a la ira (Rom. XII, 19), es decir, evitémosla, para que no nos atrape. De donde el Señor Jesús, al enviar a evangelizar a los discípulos, los envió sin oro, sin plata, sin dinero, sin alforja, sin bastón, es decir, para quitar los incentivos de la disputa y los instrumentos de la venganza.

79. Y subieron, dice, de Egipto, y llegaron a la tierra de Canaán a Jacob su padre; y le anunciaron diciendo: Que José tu hijo vive y él es príncipe de toda la tierra de Egipto (Gen. XLV, 25). ¿Cuál es la tierra de Canaán? La que vacilaba. ¿Qué, pues, es tan evidente, como que se designan los tiempos de los apóstoles? Que entrando en las sinagogas de los judíos vacilantes, predicaban el poder del Señor Jesús, como tenemos en los Hechos de los apóstoles, diciendo Pedro: A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado, pues, por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis (Hech. II, 32 y 33). Ciertamente advertimos cómo dice que vive y es príncipe de toda la tierra, quien abriendo sus graneros, da a todos la abundancia de la gracia espiritual. Esto decían los apóstoles (Hech. V, 18), pero los judíos no creían: sino que echaban mano sobre ellos, sino que arrojaban a prisión a los predicadores de la salvación.

80. De donde también de Jacob está escrito: Se turbó en su mente (Gen. XLV, 26); pues no les creía. Se turbó con el afecto del pueblo incrédulo, pero después de conocer las obras de Cristo, seducido por tantos beneficios y obras, recobró el espíritu diciendo: Es grande para mí, si aún vive mi hijo José: iré, y lo veré antes de morir (Ibid., 28). El primer y máximo fundamento de la fe, creer en la resurrección de Cristo. Pues quien crea que él resucitó, rápidamente lo busca, devotamente se acerca, y con íntima mente venera a Dios. Pues cree que él mismo no morirá, si cree en el autor de la resurrección.

CAPÍTULO XIV.

Israel elevándose viene al pozo del juramento, donde también sacrifica. Dios lo consuela con promesas, y le promete que sus ojos serán cerrados por la mano de José. Setenta y cinco almas entran en Egipto, y finalmente Israel convoca a sus hijos: ¿y cuáles son los misterios de todo esto?

81. Y elevándose Israel, vino al pozo del juramento, e inmoló sacrificio al Dios de su padre Isaac (Gen. XLVI, 1). Con razón se eleva quien se apresura a Cristo. La fe precede a la devoción. Primero se elevó, después inmoló. Pues bien inmola quien ha investigado el conocimiento de la divinidad.

82. Y Dios dijo a Israel en visión de noche diciendo: Jacob, Jacob. Y él dijo: ¿Qué es? Y el Señor dijo: Yo soy el Dios de tus padres, no temas, desciende a Egipto; pues allí te haré una gran nación. Yo descenderé contigo a Egipto, y yo te llevaré a perpetuidad (Gen., XLVI, 2 y ss.). ¿Cómo es que lo que ellos mismos leen, no lo entienden; y a Moisés, a quien alaban, lo niegan, cuando no quieren creer en sus escritos? ¿Qué más evidente que en este lugar se les invita a pasar a la santa Iglesia de Dios, y que quienes antes estaban confinados dentro de los estrechos límites de Judea, migren al pueblo de Dios, que de todo el mundo, de todas las naciones y pueblos congregado, se ha hecho una gran nación? Finalmente, a toda la tierra ha salido su sonido. Por tanto, Jacob es llamado por sus hijos, es decir, por Pedro, Pablo, Juan, el pueblo de los judíos es invitado a la gracia.

83. También nuestro Dios lo exhorta con su propio oráculo, le promete el progreso de la fe, el fruto de su don diciendo: José pondrá su mano sobre tus ojos (Gen. XLVI, 4). No es que el santo Patriarca estuviera preocupado por quién le cerraría los ojos; aunque también con un entendimiento simple se exprese el afecto moral. Pues si a quienes amamos, deseamos frecuentemente abrazar, cuánto más al partir de este cuerpo, nos deleitamos con el mismo contacto de los queridos hijos en el último momento, y nos consolamos con este viático. Sin embargo, mística y lícitamente podemos entender que después el pueblo de los judíos conocerá a Dios. Este es el misterio, que el verdadero José pondrá sus manos sobre sus ojos; para que quien no veía antes, ahora vea. Ve al Evangelio (Juan IX, 6), lee cómo fue sanado aquel ciego, a quien Jesús impuso la mano, y le quitó la ceguera. Pues Cristo no impone la mano a los que van a morir, sino a los que van a vivir: o si a los que van a morir, correctamente; porque primero morimos, para revivir. Pues no podemos vivir para Dios, si no morimos antes al pecado.

84. Descienden, por lo tanto, a Egipto setenta y cinco almas, como está escrito, y esto en el número místico de la remisión; porque después de tanta dureza, después de tantos pecados, serían considerados indignos, si no se les concediera la remisión de los pecados. Le sale al encuentro Judá, es decir, la confesión del error. Este es el mensajero que el pueblo judío envía por adelantado. Por eso también José verdadero, es decir, árbitro e intérprete de la divinidad, sale al encuentro; porque ya precede la confesión, a quienes antes poseía la perfidia. Cristo es el intérprete de la divinidad; porque a Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha revelado. Este, ya de edad avanzada, recibirá al pueblo judío fatigado en los últimos tiempos, no según sus méritos, sino según la elección de la gracia: y pondrá sus manos sobre sus ojos, para quitarles la ceguera. Por eso ha diferido su sanación, para que creyera al final, quien antes no pensó que debía creer, y perdiera la prerrogativa de la elección anterior. Por eso también el Apóstol dice: Porque una parte de Israel ha caído en ceguera, hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado, y así todo Israel será salvo (Rom. XI, 25).

85. Las acciones de los patriarcas son misterios de lo que vendrá. De hecho, el mismo Jacob dice a sus hijos: Reuníos, para que os anuncie lo que os sucederá en los últimos días. Reuníos y escuchad a Israel, vuestro padre (Gen. XLIX, 1 y 2).